

CAPÍTULO 6

«¿Cuántos quieren que sean?»

PRODUCCIÓN, RENTA Y FELICIDAD

CUÁNDO: En algún momento de la década de 1930.
DÓNDE: Las oficinas del Gosplan, la autoridad de planificación central de la URSS.
QUÉ: Entrevista para el puesto de responsable de estadísticas.

La comisión entrevistadora le pregunta al primer candidato: «¿Cuántos son dos más dos, camarada?». Él responde: «Cinco».

El presidente de la comisión entrevistadora sonríe con indulgencia y dice: «Camarada, valoramos muchísimo su entusiasmo revolucionario, pero necesitamos a alguien que sepa contar para que ocupe este puesto». El candidato es invitado a retirarse con toda amabilidad.

La respuesta del segundo candidato es: «Tres». El integrante más joven de la comisión entrevistadora se levanta como un resorte de la silla y grita: «¡Arresten a este hombre! ¡No podemos tolerar esta clase de propaganda antirrevolucionaria que subestima nuestros logros!». Los guardias se llevan a rastras al segundo candidato.

Cuando le hacen la misma pregunta, el tercer candidato responde: «Cuatro, por supuesto». Otro integrante de la comisión, con aspecto de profesor, lo sermonea sobre las limitaciones de la ciencia burguesa, obsesionada con la lógica formal. El candidato baja la cabeza avergonzado y abandona la sala.

Finalmente contratan al cuarto candidato para ocupar el puesto.

¿Cuál fue su respuesta?

«¿Cuántos quieren que sean?»

Producción

El producto interior bruto o PIB

Las cifras de la producción nacional rara vez se «cocinan» descaradamente, ni siquiera en los países socialistas, excepto en los contextos políticos más extremos, como los primeros tiempos de la dictadura de Stalin o el Gran Salto Adelante de Mao Zedong en China. No obstante, sería un error pensar que podemos calcular la producción económica, o cualquier otra cifra relacionada con la economía, como se hace en las ciencias naturales, por ejemplo en la física o la química.

La medida favorita de los economistas para calcular la producción es el *producto interior bruto* o PIB. A grandes rasgos, el PIB es el valor monetario total de lo que se ha producido en un país durante un período de tiempo determinado; generalmente un año, pero también podría ser un trimestre o incluso un mes.

Digo «a grandes rasgos» porque es necesario definir «lo que se ha

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

producido». Para calcular el PIB, se mide la producción en función de su *valor añadido*. El valor añadido es el valor de lo producido por un productor menos los insumos intermedios que ha utilizado. Una panadería puede ganar 150.000 libras anuales vendiendo pan y pasteles de hojaldre, pero si ha pagado 100.000 libras para comprar diversos *insumos intermedios* —materias primas (harina, mantequilla, huevos, azúcar), combustible, electricidad, etcétera— solo habrá añadido 50.000 libras de valor a esos insumos.

Si no restásemos el valor de los insumos intermedios y simplemente sumáramos los productos finales de todos los productores, duplicaríamos, triplicaríamos y multiplicaríamos algunos componentes, inflando así la producción real. El panadero compró la harina en un molino, de modo que si sumáramos lo producido por el panadero y el molinero, estaríamos contando dos veces la harina que compró el primero. El molinero le compró el trigo a un agricultor, así que si sumásemos el producto del agricultor a lo producido por el panadero y el molinero, estaríamos contando por triplicado el porcentaje de la producción de trigo que el agricultor le vendió al molinero y luego este le vendió al panadero en forma de harina. Solo contando el valor «añadido» podemos medir el verdadero tamaño de la producción.

¿Y a qué alude la palabra «bruto» en «PIB»? Significa que todavía no hemos restado algo que podría haber sido retirado de la partida general, como cuando una lata de atún especifica el peso bruto y el peso neto (es decir, el peso del pescado sin el aceite o la salsa de tomate). En este caso, ese algo son las partes usadas de los *bienes de capital* (también llamados *capital fijo*); básicamente la maquinaria, por lo que en nuestro ejemplo se trataría del horno, la máquina de amasar y la rebanadora de pan del panadero. Los bienes de capital, o maquinaria, no se «consumen» ni se incorporan a la producción de la misma manera en que la harina es incorporada al pan, pero su valor económico disminuye con el uso; esto se conoce como *depreciación*. Cuando restamos el uso y el desgaste de las máquinas del PIB, obtenemos el *producto interior neto* o PIN.

El producto interior neto o PIN

Dado que incluye todo lo que se ha utilizado en la producción —insumos intermedios e insumos en forma de bienes de capital—, el PIN ofrece una imagen más precisa que el PIB de lo producido por la economía. Sin embargo, tendemos a usar el PIB en vez del PIN porque no se acordó una manera específica de calcular la depreciación (basta decir que existen varias maneras en pugna), lo que vuelve bastante tramposa la definición de la «N» del PIN.

Entonces, ¿y la letra «I» del PIB? «Interior» significa, en este caso, todo lo que está dentro de las fronteras de un país. No todos los productores de un país son

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

ciudadanos nativos o empresas registradas en él. Visto desde el otro lado, no todos los productores producen en su país natal; las empresas tienen fábricas en el extranjero y las personas consiguen trabajo en otros países. La cifra que mide todo lo producido por nuestros compatriotas (incluidas las empresas), no lo producido dentro de las fronteras de nuestro país, se llama *producto nacional bruto* o PNB.

El producto nacional bruto o PNB

El PIB y el PNB son más o menos idénticos en Estados Unidos y Noruega. En Canadá, Brasil y la India, con muchas empresas extranjeras operando dentro de sus fronteras y pocas firmas nacionales produciendo en otros países, el PIB puede llegar a ser un 10 por ciento más grande que el PNB. En los casos de Suecia y Suiza, que tienen más empresas nacionales operando en el extranjero que empresas extranjeras dentro de sus fronteras, el PNB es más grande que el PIB, alrededor del 2,5 y el 5 por ciento respectivamente (las cifras corresponden al año 2010).

El PIB se usa más que el PNB porque, a corto plazo, es el indicador más certero del nivel de las actividades productivas dentro de un país. Pero el PNB es un mejor índice de la fortaleza de una economía a largo plazo.

Un país puede tener un PIB (PNB) más alto que otro, pero eso puede deberse simplemente a que tiene más habitantes. Por eso es imprescindible analizar las cifras *per cápita* (por cabeza, o por persona si así lo prefiere) del PIB o el PNB para saber cuán productiva es una economía. En realidad es un poco más complicado, pero podemos dejarlo así; si están interesados en el asunto, lean la nota de pie de página.

Limitaciones del PIB y el PNB

Una limitación crucial de estos indicadores es que valoran lo producido a precios de mercado. Dado que muchas actividades económicas tienen lugar fuera del mercado, es necesario calcular de algún modo el valor de esa producción (la palabra técnica es «imputar»). Por ejemplo, muchos agricultores de los países en desarrollo practican agricultura de subsistencia, es decir, consumen la mayor parte del alimento que producen. Por lo tanto, necesitamos estimar esa cantidad e imputar valores de mercado a lo que esos agricultores produjeron pero no vendieron en el mercado (y consumieron ellos mismos). O, en el caso de las personas que viven en una casa de la que son propietarios,

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

imputamos el valor de los «servicios de vivienda» involucrados, como si los dueños de la casa se estuvieran pagando un alquiler a sí mismos según los precios de mercado. A diferencia de los productos con los que se comercia a través de los mercados, la imputación de valores de mercado a productos no comercializados implica hacer conjeturas, lo cual resta precisión a las cifras.

Peor aún: existe un tipo particular de producción no comercializada cuyo valor ni siquiera se imputa. El trabajo doméstico —cocinar, limpiar, cuidar a los niños y los ancianos, etcétera— simplemente no cuenta como parte del PIB o el PNB. La «broma» clásica entre los economistas es que una buena manera de reducir el PNB es casarse con la empleada doméstica. La excusa más usual es que resulta difícil imputar valores al trabajo doméstico, pero es un argumento que no se sostiene en pie; después de todo, imputamos valores a toda clase de actividades económicas no sujetas a comercio, entre ellas residir en nuestra propia casa. Dado que la mayor parte de las tareas domésticas las realizan mujeres, al trabajo femenino se lo infravalora profundamente como resultado de esta práctica. Muchas estimaciones consideran que el valor del trabajo doméstico equivale a aproximadamente el 30 por ciento del PIB.

LAS CIFRAS DE LA VIDA REAL

¿Por qué es necesario conocer las «cifras de la vida real»?

A pesar de la impresión generalizada de que es una cuestión de «números», la economía, tal como hoy se enseña, más bien anda corta de cifras. Es habitual que los licenciados en economía ignoren cifras económicas «obvias» como el PIB o la cantidad media de horas trabajadas en su propio país.

Lo cierto es que no hay manera de recordar tantos números. En la era de internet ni siquiera es necesario recordar algunos, ya que es muy fácil buscarlos. Pero creo que es importante que mis lectores se familiaricen con algunas «cifras de la vida real», aunque solo sea para saber cuáles deben buscar. Más importante aún, necesitan formarse una idea de cómo es nuestro mundo económico en la realidad; cuando aludimos al PIB de China, ¿estamos hablando de centenares de miles de millones o de decenas de billones de dólares? ¿Estamos hablando del 15 o del 30 por ciento cuando decimos que Sudáfrica tiene una de las tasas de desempleo más altas del mundo? Cuando afirmamos que un elevado porcentaje de los ciudadanos indios viven en la pobreza, ¿hablamos del 20 o del 40 por ciento? Así pues, tanto en este capítulo como en los siguientes incluiré una selección de las cifras económicas más importantes de la vida real.

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

La mayor parte de la producción mundial corresponde a un pequeño número de países

En 2010, el PIB mundial —según los datos del Banco Mundial— fue de aproximadamente 63,4 billones de dólares. Las cinco economías más grandes en función del PIB fueron las de Estados Unidos (22,7 por ciento de la economía mundial), China (9,4 por ciento), Japón (8,7 por ciento), Alemania (5,2 por ciento) y Francia (4 por ciento). Por lo tanto, estas cinco economías representaron la mitad de la producción mundial.

También en 2010, los «países de renta alta» según la clasificación del Banco Mundial (países con una renta per cápita superior a 12.276 dólares) tuvieron un PIB conjunto de 44,9 billones de dólares, y representaron el 70,8 por ciento de la economía mundial. El resto del mundo, el mundo en desarrollo, tuvo un PIB conjunto de 18,5 billones de dólares, equivalente al 29,2 por ciento del PIB mundial. Sin embargo, dos tercios (el 66,6 por ciento) de esos 18,5 billones de dólares correspondieron a las cinco economías en desarrollo más grandes: China, Brasil, India, Rusia y México.* El resto del mundo en desarrollo, con un PIB conjunto de 6,3 billones de dólares, representó menos del 10 por ciento de la economía mundial.

La mayoría de las economías en desarrollo producen porcentajes mínimos —digo mínimos— de lo que producen los países ricos

El PIB típico de los países en vías de desarrollo pequeños y muy pobres (5-10 millones de habitantes), como la República Centroafricana o Liberia, asciende a entre 1.000 y 2.000 millones de dólares, o 0,001 y 0,002 billones de dólares. Esto no alcanza a ser ni siquiera el 0,01 por ciento del PIB de Estados Unidos, que fue de 14,4 billones de dólares en el año 2010.

Los treinta y cinco países de renta baja según la clasificación del Banco Mundial (países con un PIB per cápita inferior a 1.005 dólares en 2010) tuvieron un PIB conjunto de 0,42 billones de dólares ese mismo año. Esto equivale al 0,66 por ciento de la economía mundial o al 2,9 por ciento de la economía estadounidense.

Incluso los países en desarrollo más grandes y de renta media (30-50 millones de habitantes), como Colombia o Sudáfrica, pueden tener un PIB de entre 300.000 y 400.000 millones de dólares. Se trata de un PIB similar al de un estado estadounidense de tamaño medio, como por ejemplo Washington o Minnesota.

En términos de cifras de PIB per cápita, pues, tenemos un amplio abanico. Dado que estas cifras son similares —en realidad idénticas en teoría, aunque no necesariamente en la práctica— a las de la renta per cápita que hemos

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

analizado brevemente, bastará con decir que estamos hablando de diferenciales superiores a 500 veces.

Renta

La renta interior bruta o RIB

Se dice que el PIB es una suma de las rentas, en vez de una suma de las diferentes producciones, cuando a todos los involucrados en la actividad económica se les paga por su contribución (el que las retribuciones sean «justas» ya es harina de otro costal). Por volver al ejemplo del panadero, tras haber pagado la harina, los huevos y otros insumos intermedios, la panadería dividirá su valor añadido entre los salarios de los trabajadores, los beneficios de los accionistas, el pago de los intereses de algún préstamo que haya solicitado y los impuestos indirectos incluidos automáticamente en los ingresos generados (es decir, el impuesto sobre el valor añadido —IVA— o el impuesto sobre las ventas).

La suma de estas rentas recibe el nombre de *renta interior bruta* o RIB. En teoría, la RIB debería ser idéntica al PIB, puesto que no es sino una manera diferente de sumar las mismas cosas. Pero en la práctica no es así, ya que parte de la información utilizada para ambos es recabada a través de canales diferentes.

La renta nacional bruta o RNB y la RNB per cápita

La *renta nacional bruta* (RNB) es a la renta interior bruta (RIB) lo que el PNB es al PIB. La RNB es el resultado de la suma de las rentas de los ciudadanos de un país, no de las de quienes producen dentro de las fronteras de ese país (que constituye la RIB). El Banco Mundial publica el PIB y la RNB en vez del PNB y la RIB, seguramente porque considera que la renta, como indicador de los ingresos, puede medirse mejor en función de la nacionalidad de quienes la perciben, mientras que el producto, como indicador de lo producido, puede medirse mejor en función del lugar donde se desarrollan las actividades.

Muchos piensan que la renta per cápita, usualmente medida en función de la RNB (o su equivalente para la producción, el PNB) per cápita, es el mejor

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

indicador para calcular el nivel de vida de un país. Pero decir que es el mejor no equivale a decir que sea lo suficientemente bueno.

Un problema obvio es que la RNB per cápita solo mide la renta media. Pero la media puede ocultar una variación mucho más grande entre diferentes individuos y grupos en un país que en otro. Por ofrecer un ejemplo numérico simple, los países A y B pueden tener ambos una renta per cápita de 5.000 dólares y diez habitantes (por consiguiente, una RNB de 50.000 dólares cada uno), pero en el país A puede haber una persona con unos ingresos de 45.500 dólares y nueve personas con rentas de 500 dólares cada una, mientras que en el país B puede haber nueve personas con rentas de 4.500 dólares cada una y una persona con unos ingresos de 9.500 dólares. En este caso, la renta de 5.000 dólares per cápita constituye una descripción relativamente precisa del nivel de vida del país B, pero completamente errónea en lo que atañe al país A. Por utilizar términos más técnicos, cabría decir que la renta media es un indicador relativamente preciso del nivel de vida en aquellos países donde la distribución de la renta es más equitativa. (Ahondaremos en el tema en el capítulo 9.)

Ajustes para diferentes niveles de precios: la paridad del poder adquisitivo

Un ajuste importante al que con bastante frecuencia se somete a las cifras de la RNB (o el PIB) tiene que ver con la existencia de diferentes niveles de precios en países distintos. El tipo de cambio flexible (es decir, de mercado) entre la corona danesa y el peso mexicano puede ser de 1 corona = 2,2 pesos mexicanos, pero con 2,2 pesos mexicanos se pueden comprar más bienes y servicios en México que con 1 corona en Dinamarca (dentro de poco explicaré por qué). Por lo tanto, el tipo de cambio oficial entre la corona danesa y el peso mexicano subestima el nivel de vida en el país americano.

El problema radica en que los tipos de cambio flexibles los determinan en gran medida la oferta y la demanda de bienes y servicios comercializables internacionalmente, como los teléfonos móviles Galaxy o los servicios bancarios internacionales, mientras que lo que puede comprar una suma de dinero en un país en particular viene determinado por los precios de todos los bienes y servicios, incluidos aquellos que no son comercializables internacionalmente, como ir a comer a un restaurante o tomar un taxi.¹

Para resolver este problema, a los economistas se les ocurrió crear un «dólar internacional». Basada en la idea de la *paridad del poder adquisitivo* o PPA —es decir, calcular el valor de una moneda según la cantidad de un conjunto de bienes y servicios (conocidos como «cesta de la compra») que pueda comprar en diferentes países—, esta moneda ficticia nos permite convertir las rentas de diferentes países en un indicador común del nivel de vida.

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

El resultado de la conversión es que las rentas PPA de los países con trabajadores caros en el sector servicios (los países ricos, salvo unos pocos que utilizan mano de obra barata inmigrante, como Estados Unidos y Singapur) son significativamente más bajas que sus rentas a tipos de cambio flexibles, mientras que las de los países con trabajadores baratos (los países pobres) tienden a ser mucho más altas que sus rentas a tipos de cambio flexibles.*

Por volver a la comparación anterior entre Dinamarca y México, la renta PPA per cápita danesa en 2010 era aproximadamente un 30 por ciento más baja que su renta a tipos de cambio flexibles (40.140 frente a 58.980 dólares), mientras que la renta PPA per cápita mexicana era aproximadamente un 60 por ciento más alta que su renta a tipos de cambio flexibles (15.010 frente a 9.330 dólares). Así pues, la diferencia en cuanto a los ingresos, seis veces más altos en el caso de Dinamarca (58.980 frente a 9.330 dólares), se reduce a una diferencia de los respectivos niveles de vida bastante inferior (40.140 frente a 15.010 dólares) tras los ajustes de la PPA.

El ajuste de la PPA es muy sensible a la metodología y los datos utilizados, sobre todo porque se basa en el supuesto un tanto peregrino de que todos los países consumen la misma cesta de bienes y servicios. Y no estamos hablando de diferencias menores. Al modificar su método de estimación de la renta PPA en 2007, el Banco Mundial redujo la renta PPA per cápita de China en un 44 por ciento (de 7.740 a 5.370 dólares) y aumentó la de Singapur en un 53 por ciento (de 31.710 a 48.520 dólares) de la noche a la mañana.

Las cifras de la renta no reflejan plenamente los niveles de vida, ni siquiera con los ajustes de la PPA

Incluso con los ajustes de la PPA, las cifras correspondientes a la renta —como el PNB per cápita y la RNB per cápita— no reflejan plenamente los niveles de vida. Existen numerosas razones para ello.

Un aspecto obvio pero importante es que no vivimos pura y exclusivamente de la renta monetaria. Queremos libertad política, una vida social vibrante, realizarnos personalmente y muchas otras cosas que el dinero no puede comprar. El aumento de la renta monetaria no nos garantiza un mayor acceso a esas otras cosas e incluso puede socavarlas. Por ejemplo, si obtenemos ingresos más altos al precio de trabajar más horas y con mayor intensidad, tal vez tendremos menos tiempo y energías para la vida comunitaria o la realización personal.

Otro aspecto es que, como he señalado antes, los indicadores de la renta no reflejan el trabajo doméstico (incluido el cuidado de personas), del que una

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

buena parte de la humanidad depende para su supervivencia: los niños, los ancianos y los enfermos.

Incluso respecto de las cosas que podemos comprar con dinero, con frecuencia adoptamos malas decisiones como consumidores (recordemos el capítulo 5). Dejándonos influir por la publicidad o atendiendo a nuestro deseo de «no ser menos que los Jones» (o los Zhang, o los Patel, o los Castro o quien sea, en función de nuestro lugar de residencia), la mayoría de nosotros hemos comprado cosas que nunca hubiéramos imaginado que necesitábamos. Más allá de la alegría pasajera de la compra en sí, esos bienes incrementan poco nuestro bienestar.

Aun cuando seamos consumidores totalmente racionales, la existencia de *bienes posicionales* convierte a la renta en un indicador poco fiable del nivel de vida (o de la felicidad, o de la satisfacción o lo que mejor les parezca).² Los bienes posicionales son bienes cuyo valor deriva del hecho de que solamente un pequeño porcentaje de los consumidores potenciales pueden poseerlos.* Aun cuando nuestra renta personal aumente, puede ocurrir que no podamos adquirir ciertas cosas —como casas en vecindarios de lujo, pinturas de Rembrandt o una educación de élite que permita acceder a los mejores puestos de trabajo— si otros también se han enriquecido y pueden gastar todavía más dinero que nosotros. Este problema se agrava en las economías ricas, dado que las cosas bellas y sofisticadas tienden a ser bienes posicionales, mientras que los bienes esenciales casi nunca lo son.

Estas limitaciones no significan que la renta no sea importante para medir el nivel de vida. Sobre todo en los países más pobres, una renta más alta es algo esencialmente positivo. En esos países, incluso una renta un poco más alta puede marcar la diferencia entre comer decentemente y morir de hambre, entre tener un trabajo peligroso en el que puedes acabar fácilmente en el hospital y simplemente tener un trabajo duro, entre que tu hijo fallezca antes de cumplir el año de vida y verlo crecer. En las sociedades más ricas, los impactos positivos de una renta más alta sobre el nivel de vida son menos contundentes, pero incluso allí una renta más alta ayuda a mejorar el nivel de vida de las personas cuando es bien utilizada. Por ejemplo, una renta más alta posibilitará que un país reduzca las jornadas laborales y, por tanto, sus habitantes tendrán más tiempo para la familia y los amigos o para estudiar sin modificar por ello sus niveles de consumo previos.

LAS CIFRAS DE LA VIDA REAL

¿Cómo son las cifras de la renta en la vida real? Echemos un vistazo a las de la renta per cápita, puesto que ya nos hemos extendido bastante sobre las cifras absolutas en materia de producción —como el PIB y el PNB—, que son

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

idénticas a las cifras absolutas de la renta en el plano teórico y muy similares a ellas en la práctica.

Los países que solemos identificar como los más ricos tienen una renta per cápita superior a 40.000 dólares

Según el Banco Mundial, en 2010 el país que tenía la renta per cápita (RNB) más alta era Mónaco (197.460 dólares), seguido de Liechtenstein (136.540 dólares). Sin embargo, son dos paraísos fiscales con una población ínfima (33.000 y 36.000 habitantes respectivamente). Así pues, si excluimos a los países cuya población no supera el medio millón de habitantes, Noruega, con una renta per cápita de 85.380 dólares, es el país más rico (es decir, el que tiene la RNB per cápita más elevada).

La tabla 6.1 incluye una lista de los países más ricos. Casi todos se encuentran en Europa occidental y en sus antiguos territorios coloniales. Unos pocos países asiáticos pertenecen también a este grupo, con Japón y Singapur indiscutiblemente a la cabeza. Corea del Sur y un par de países de Europa oriental integran también la lista... por el momento.

El ciudadano medio de los cuatro países más pobres ni siquiera gana 1 dólar al día

En el otro extremo del espectro, Burundi, con una renta per cápita de 160 dólares, era el país más pobre del mundo en 2010. En varios de los países más pobres, el habitante medio ni siquiera ganaba 1 dólar al día (365 dólares anuales).

Los países con una renta per cápita inferior a 1.000 dólares son oficialmente clasificados como países de «renta baja» en la clasificación del Banco Mundial (para este, la línea demarcatoria se sitúa en los 1.005 dólares) o como *países menos desarrollados* (PMD) por diversos tratados y organizaciones internacionales.

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

Tabla 6.1

Rentas en dólares de los países más ricos (RNB per cápita, 2010)

RENTA	PAÍSES (DEL MÁS RICO AL MÁS POBRE EN CADA GRUPO)
50.001 o más	Noruega (85.380), Suiza (70.350), Dinamarca (58.980)
45.001-50.000	Suecia (49.930), Holanda (49.720), Finlandia (47.170), Estados Unidos (47.140), Bélgica (45.420)
40.001-45.000	Australia (43.740), Alemania (43.330), Francia (42.390), Japón (42.150), Canadá (41.950), Singapur (40.920)
30.001-40.000	Reino Unido (38.540), Italia (35.090), España (31.650)
20.001-30.000	Nueva Zelanda (29.050), Israel (27.340), Grecia (27.240)
15.001-20.000	Corea del Sur (19.890), República Checa (17.870), Eslovaquia (16.220)

Fuente: Banco Mundial, *World Development Report*, 2012.

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

Tabla 6.2

Rentas en dólares de los países más pobres (RNB per cápita, 2010)

RENTA	PAÍSES (DEL MÁS POBRE AL MÁS RICO EN CADA GRUPO)
300 o menos	Burundi (160), República Democrática del Congo (180), Liberia (190)
301-400	Malawi (330), Eritrea (340), Sierra Leona (340), Níger (360), Etiopía (380), Guinea (380)
401-500	Mozambique (440), Togo (440), República Centroafricana (460), Zimbabue (460), Uganda (490), Nepal (490)
501-600	Tanzania (530), Ruanda (540), Burkina Faso (550), Mali (600)
601-800	Bangladesh (640), Haití (650), Benín (750), Camboya (760), Tayikistán (780)
801-1.000	República de Kirguistán (880)

Fuente: Banco Mundial, *World Development Report*, 2012.

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

Tabla 6.3
Rentas en dólares de algunos países en desarrollo (RNB per cápita, 2010)

RENTA	PAÍSES (DEL MÁS RICO AL MÁS POBRE EN CADA GRUPO)
8.001-10.000	Chile (9.940), Rusia (9.910), Turquía (9.500), Brasil (9.390), México (9.330), Argentina (8.450)
6.001-8.000	Malasia (7.900), Costa Rica (6.580), Bulgaria (6.240), Sudáfrica (6.100)
4.001-6.000	Colombia (5.510), Ecuador (4.510), Argelia (4.460), China (4.260), Tailandia (4.210), Túnez (4.070)
3.001-4.000*	Angola (3.960), El Salvador (3.360)
2.001-3.000	Indonesia (2.580), Egipto (2.340), Sri Lanka (2.290), Filipinas (2.050)
1.001-2.000	Bolivia (1.790), India (1.340), Ghana (1.240), Vietnam (1.100), Pakistán (1.050)
1.000 o menos*	Países menos desarrollados (PMD)

Fuente: Banco Mundial, *World Development Report*, 2012.

La tabla 6.2 incluye una selección de PMD. Muestra que la mayoría de ellos

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

están en África, unos pocos en Asia (Nepal, Bangladesh, Camboya, Tayikistán, República de Kirguistán) y solamente uno en América Latina (Haití).

Así, la renta per cápita del más rico (Noruega) es 534 veces más alta que la del más pobre (Burundi) según las cifras del año 2010. Aunque nos fijemos en casos menos extremos, como el de Estados Unidos (el séptimo contando desde arriba, con 47.140 dólares) en comparación con el de Etiopía (el octavo contando desde abajo, con 380 dólares), el diferencial de renta continúa siendo impactante: 124 veces más.

Hay países pobres y países pobres: brechas entre los países en desarrollo

Entre estos extremos se encuentran la inmensa mayoría de los países llamados «países de renta media» según la clasificación del Banco Mundial.* Las personas, entre ellas yo mismo, casi siempre los llamamos «países en desarrollo» o simplemente «países pobres», pero no conviene meterlos a todos en el mismo saco.

La tabla 6.3 incluye las rentas per cápita de una serie de países en desarrollo. El propósito es ofrecerle al lector una idea de dónde está ubicado cada país y también permitirle apreciar las brechas que existen incluso entre los países en desarrollo.

En la cúspide del grupo de países en desarrollo se encuentran naciones como Brasil y México, con rentas per cápita que van de los 8.001 a los 10.000 dólares. Estos países tienen rentas per cápita entre cincuenta y sesenta veces más altas que las de los países más pobres que incluimos en la tabla 6.2, siendo no obstante sus diferenciales con los países ricos menores a diez veces.

Los países que normalmente nos vienen a la cabeza cuando oímos el término «países en desarrollo» —Indonesia, Egipto, Sri Lanka, Filipinas, India y Ghana, por ejemplo— se ubican en el rango de 1.001 a 3.000 dólares de renta per cápita. Incluso estos países tienen rentas per cápita entre cinco y diez veces más altas que las de los países más pobres.

Los ajustes de la PPA muestran que las brechas en el nivel de vida no son tan profundas como las brechas en la productividad

Para saber cuál es el nivel de vida de diferentes países en vez de sus indicadores de productividad, debemos convertir sus rentas (su producción) en términos de PPA. Este ajuste provoca cambios significativos en la clasificación de los países.

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

En términos de PPA, Luxemburgo, con 63.850 dólares, pasa a ser el país más rico del mundo, seguido de Noruega, Singapur, Kuwait, Suiza y Estados Unidos.* Con los ajustes de la PPA, las rentas per cápita de los países pobres aumentan en términos relativos, dado que los servicios no comercializables (y algunos bienes) son más baratos en esos países. En términos de PPA, la República Democrática del Congo (310 dólares), Liberia (330) y Burundi (390) son los tres países más pobres del mundo.*

Con estos ajustes de la PPA, las diferencias entre las rentas de los países ricos y las rentas de los países pobres disminuyen en comparación con las rentas calculadas según los tipos de cambio flexibles. La diferencia entre la RNB per cápita más alta y la más baja disminuye de 534 veces (Noruega frente a Burundi) a «apenas» 206 veces (Luxemburgo frente a la República Democrática del Congo).

Felicidad

No todo lo que importa se puede medir, y no todo lo que se puede medir importa: ¿se puede —y se debe— medir la felicidad?

Tras reconocer las limitaciones de utilizar la renta monetaria para calcular los niveles de vida, algunos economistas han optado por preguntarles directamente a las personas si son felices y cuánto lo son. Estos estudios sobre la «felicidad» nos permiten abordar muchos problemas inherentes a la medición del nivel de vida: qué aspectos es necesario incluir en las mediciones, cómo asignar valores a elementos difíciles de medir que afectan a nuestro nivel de vida (aunque esto no ha impedido que algunos audaces se sacaran de la manga «índices de la libertad política») y qué peso otorgar a cada elemento. Los estudios de este tipo más conocidos son la Encuesta Gallup de Felicidad (Gallup Happiness Survey) y la Encuesta Mundial de Valores (World Values Survey).

Mucha gente se pregunta si la felicidad puede ser calculada y si, en realidad, habría que calcularla. El hecho de que la felicidad pueda ser, conceptualmente, un indicador mejor que la renta no significa que debamos intentar cuantificarla. El economista británico Richard Layard, adalid de la medición de la felicidad, defiende los intentos en este sentido diciendo que «cuando uno piensa que algo es importante, *debe intentar cuantificarlo* [la cursiva es mía]». ³ Sin embargo, otros están en desacuerdo, incluido Albert Einstein, quien afirmó en una ocasión:

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

«No todo lo que importa se puede medir, y no todo lo que se puede medir importa».

Podemos intentar cuantificar la felicidad pidiéndoles a las personas que evalúen su grado de felicidad en una escala del uno al diez y obtener cifras como 6,3 o 7,8 para la felicidad media de los países A y B. Pero esos dígitos no son ni la mitad de objetivos que sus rentas per cápita de 160 u 85.380 dólares (y ya hemos visto que incluso las cifras de la renta no son totalmente objetivas).

Preferencia adaptativa y falsa conciencia: por qué no podemos confiar totalmente en la evaluación que hacen las personas de su propia felicidad

Más importante aún, es discutible que podamos confiar en la opinión de las personas acerca de su propia felicidad. Existen todo tipo de *preferencias adaptativas*, en virtud de las cuales las personas reinterpretan su situación para volverla más soportable. La parábola de las «uvas amargas» —es decir, cuando decidimos que aquello que no pudimos conseguir en realidad no era tan bueno como pensábamos— es un ejemplo clásico.

Muchos oprimidos, explotados o discriminados afirman —y no tienen por qué estar mintiendo— que son felices. Muchos incluso se oponen a los cambios que podrían mejorar su situación; numerosas mujeres europeas se oponían al sufragio femenino a comienzos del siglo xx. Algunos hasta desempeñan un papel activo en la perpetuación de la injusticia y la brutalidad, como esos esclavos que oprimían a otros esclavos (tal era el caso de Stephen, el personaje interpretado por Samuel L. Jackson en la película *Django desencadenado*).

Estas personas piensan que son felices porque han llegado a aceptar —«internalizar» es la palabra de moda en estos casos— los valores de los opresores/discriminadores. Los marxistas lo llaman *falsa conciencia*.

Matrix y los límites de los estudios sobre la felicidad

El problema que plantea la falsa conciencia con vistas a realizar estudios acerca de la felicidad ha sido brillantemente ilustrado por los hermanos Wachowski en su alucinante filme *Matrix*, estrenado en 1999. En la película están aquellos que, como Morpheus, piensan que una vida feliz fruto de la falsa conciencia es inaceptable. Otros, como Cypher, prefieren vivir sumidos en la falsa conciencia a llevar una vida de resistencia, plagada de peligros y rigores, en la realidad. ¿Y quiénes somos nosotros para decir que la de Cypher es, necesariamente, la

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

opción equivocada? ¿Qué derecho tiene Morpheus a «rescatar» a las personas solo para que se sientan miserables?

El tema de la falsa conciencia es un problema realmente difícil que no tiene una solución inequívoca. No deberíamos aprobar la existencia de una sociedad desigual y brutal porque las encuestas muestren que la gente es feliz. Pero ¿quién tiene derecho a decirles a las mujeres oprimidas o a los campesinos sin tierra hambrientos que no deberían ser felices cuando ellos creen que sí lo son? ¿Alguien puede acaso arrogarse el derecho de hacer que se sientan miserables diciéndoles «la verdad»? No existen respuestas fáciles para estas preguntas, pero lo que sin duda nos revelan es que no podemos confiar en las encuestas sobre la felicidad «subjetiva» para sacar conclusiones acerca de cómo le está yendo a la gente.

Estudios sobre la felicidad con indicadores más objetivos

En vista de estas limitaciones para calcular la felicidad subjetiva, la mayoría de los estudios sobre la felicidad combinan actualmente indicadores más objetivos (por ejemplo, el nivel de renta o la esperanza de vida) con algunos elementos de valoración subjetiva.

Un buen ejemplo —y bastante exhaustivo— dentro de esta categoría es el Índice para una Vida Mejor, lanzado en el año 2011 por la OCDE. Este índice recoge la opinión subjetiva de los encuestados sobre su nivel de satisfacción con la vida que llevan junto con otros diez indicadores más (aunque no totalmente) objetivos, que van desde la renta y el empleo hasta la vida comunitaria y la compaginación de vida laboral y familiar (cada uno de estos indicadores incluye a su vez más de un elemento constitutivo).

Con todo, si bien un índice de felicidad que incluye más elementos es conceptualmente más defendible, su resultado numérico es más difícil de defender. En la medida en que intentamos incorporar cada vez más dimensiones de nuestra vida al índice de felicidad, nos vemos obligados a incluir cada vez más dimensiones que son difíciles, si no imposibles, de cuantificar. El compromiso cívico y la calidad de la vida comunitaria son ejemplos de esta tendencia en el índice de la OCDE. Además, a medida que aumenta la cantidad de elementos en el índice, se vuelve más difícil evaluar qué peso tiene cada uno de ellos. Es interesante señalar que, reconociendo abiertamente esta dificultad, la página web del Índice para una Vida Mejor de la OCDE permite a quienes la consultan confeccionar su propio índice variando el peso otorgado a los distintos elementos.

LAS CIFRAS DE LA VIDA REAL

Las cifras del índice de felicidad, ya sean completamente subjetivas o estén combinadas con indicadores más objetivos, no son significativas en sí mismas. No podemos comparar entre sí diferentes tipos de índices de felicidad. Lo único que cabe hacer con ellos es rastrear los cambios en los niveles de felicidad de cada país según un índice determinado o —una alternativa menos de fiar— clasificar los países de acuerdo con un índice.

Los diferentes índices de felicidad incluyen elementos muy dispares. De resultas de ello, un mismo país puede ocupar un puesto muy diferente en función del índice. Sin embargo, algunos países —los escandinavos (especialmente Dinamarca), Australia y Costa Rica— tienden a ocupar puestos más altos que otros países en la mayoría de los índices, mientras que otras naciones, como México y las Filipinas, tienden a destacar en los índices que otorgan un mayor peso a los factores subjetivos, lo cual sugiere grados más altos de «falsa conciencia» entre sus habitantes.

Conclusiones: por qué las cifras jamás pueden ser objetivas en economía

Definir y medir conceptos en el campo de la economía no puede ser una práctica objetiva, como sí puede serlo en disciplinas como la física o la química. Incluso en el caso de los conceptos económicos aparentemente más claros y sencillos —como la producción y la renta—, es un ejercicio plagado de dificultades. Implica muchos juicios de valor; por ejemplo, la decisión de no incluir el trabajo doméstico en las estadísticas sobre la producción. Existen numerosos problemas técnicos, sobre todo en relación con la imputación de valor a las actividades no comercializables y los ajustes de la PPA. En el caso de los países más pobres, también hay dificultades con la calidad de la información; recabar y procesar los datos en bruto requiere recursos financieros y humanos que esos países no poseen.

Aunque no pongamos en duda las cifras propiamente dichas, es difícil afirmar que las asociadas a la producción y la renta reflejan correctamente los niveles de vida, sobre todo en los países más ricos, donde la mayoría de la gente tiene cubiertas sus *necesidades básicas* de alimento, agua, vestido, vivienda, atención sanitaria básica y educación básica. También es necesario considerar las diferencias en cuanto al poder de compra, las jornadas laborales, los aspectos no monetarios del nivel de vida, las decisiones de consumo

«¿Cuántos quieren que sean?»: Producción, renta y felicidad

irracionales (ya se deban a la manipulación o a una conducta gregaria) y los bienes posicionales.

Los estudios sobre la felicidad tratan de obviar estas necesidades, pero presentan otros problemas, incluso más graves: la inmensurabilidad intrínseca de la felicidad y la cuestión de las preferencias adaptativas (sobre todo las que cabe atribuir a la falsa conciencia).

Todo esto no quiere decir que no debamos utilizar cifras en economía. Sin un cierto conocimiento y manejo de cifras clave —como los niveles de producción, los índices de crecimiento, las tasas de desempleo y los indicadores de desigualdad— sería imposible realizar un análisis fundamentado de la economía en el mundo real. Pero debemos utilizarlas con plena conciencia de lo que cada una de ellas nos dice y nos oculta.

Otras lecturas

- J. Aldred, *The Skeptical Economist: Revealing the Ethics Inside Economics*, Londres, Earthscan, 2009.
- F. Hirsch, *Social Limits to Growth*, Londres, Routledge y Kegan Paul, 1978. [Hay trad. cast.: *Los límites sociales al crecimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.]
- M. Jerven, *Poor Numbers: How We Are Misled by African Development Statistics and What to Do about It*, Ithaca, Cornell University Press, 2013.
- R. Layard, *Happiness: Lessons from a New Science*, Londres, Allen Lane, 2005. [Hay trad. cast.: *La felicidad. Lecciones de una nueva ciencia*, Madrid, Taurus, 2005.]
- A. Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, París, OCDE, 2001. [Hay trad. cast.: *La economía mundial. Una perspectiva milenaria*, Madrid, Mundi-Prensa, 2002.]
- D. Nayyar, *Catch Up: Developing Countries in the World Economy*, Oxford, Oxford University Press, 2013.
- J. Stiglitz et al., *Mis-measuring Our Lives: Why GDP Doesn't Add Up*, Nueva York, The New Press, 2010. [Hay trad. cast.: *Medir nuestras vidas. Las limitaciones del PIB como indicador de progreso*, Barcelona, RBA, 2013.]